

Murray MILGATE & Shannon C. STIMSON, *After Adam Smith. A Century of Transformation in Politics and Political Economy*, Princeton and Oxford, Princeton University Press, 2009, 320 pp.

Murray Milgate y Shannon C. Stimson se proponen realizar un análisis de una serie de conceptos políticos y económicos desarrollados por los principales economistas políticos británicos entre Adam Smith y John Stuart Mill bajo un punto de vista que no es novedoso pero sí poco corriente en los trabajos sobre la escuela clásica: el estudio de la evolución de la interrelación entre economía política y ciencia política a lo largo de estos cien años. En algo menos de 270 páginas, los autores revisan el origen y el desarrollo de las ideas clásicas deteniéndose en cuestiones fundamentales donde los campos de la política y la economía interactúan e incluso se confunden, e incidiendo especialmente en la transmisión de ideas entre unos autores y otros, y en la consiguiente reelaboración de las mismas. Así, los economistas clásicos, desde las nuevas perspectivas analíticas que les brinda la obra *smithiana*, que ellos recogen y transforman, influyen y alteran la concepción de la política durante este periodo. Cada capítulo se cierra con una mirada a las esenciales transformaciones que los autores marginalistas realizaron en estos conceptos e incluso con alguna nota sobre su vigencia en el análisis económico actual. El resultado es una obra que muestra la intensa interrelación entre economía y política inherente al pensamiento clásico, que se difumina e incluso desaparece —o se transforma radicalmente— en las postrimerías del siglo XIX, no sólo en la economía neoclásica, sino también en la vía de análisis que abre la crítica marxista.

Advierten los autores al inicio del libro del riesgo que constituyen las imágenes y las interpretaciones que los economistas posteriores heredaron de los clásicos. El caso *smithiano* es paradigmático: no sólo muchas de sus sentencias son objeto de debate (vg. la forma de gobierno ideal o la mano invisible), sino que gran parte de sus visiones, empleadas como argumentos de autoridad, son creaciones de intérpretes contemporáneos no demasiado escrupulosos.

Tomando nota de esta prevención, los autores parten del ideario político de Adam Smith. El economista escocés es la referencia principal de la obra, y a sus ideas vuelven los autores continuamente: el título del libro es inequívoco. El capítulo 2 se centra en las ideas *smithianas* sobre la organización política de la sociedad, que no conducen a una posición clara respecto a la forma específica del Estado. La imprescindible separación de la doctrina original *smithiana* de las imágenes legadas por sus intérpretes ocupa parte del capítulo. La figura elegida es la de James Stewart, primer exégeta de Smith y principal responsable de su imagen librecambista, dejando de lado elementos doctrinales funda-

mentales que no se recuperan hasta la obra de David Ricardo. El capítulo 6 profundiza en la trascendencia de la obra de Stewart.

Puesto el punto de partida, en los capítulos 3 a 5 los autores proceden al análisis de diversos conceptos político-económicos clásicos. El concepto de sociedad civil clásico debe entenderse en el marco del entramado de relaciones sistemáticas de producción, distribución e intercambio suministrado por la idea de sociedad de mercado autorregulada de Smith. Ricardo, por el contrario, sitúa la estructura de clases sociales en el centro de su análisis económico, de forma que éste encierra una sociedad civil con potenciales conflictos de intereses entre sus partes. La íntima conexión clásica entre sociedad civil y economía se destruye en el individualismo metodológico marginalista basado en el utilitarismo *benthamiano*. El capítulo 4 analiza la relación entre economía y política. La conexión *smithiana* entre ambas, que abre la posibilidad de que exista una cierta prioridad de la vida económica sobre la política, se pone en cuestión a lo largo del siglo XIX, hasta que la economía neoclásica sanciona la radical separación de ambos mundos, que sólo la obra de James M. Buchanan ha tratado de recomponer. En el capítulo 5, la idea newtoniana de máquina económica que pone en marcha las fuerzas de la competencia, gran innovación del siglo XVIII, conduce a los autores a la discusión del concepto de equilibrio y de la metáfora de la mano invisible, donde se decantan por una interpretación alejada de cualquier esoterismo.

El capítulo 7 estudia la introducción de la teoría de la población de Thomas R. Malthus en el análisis clásico. El desafío *malthusiano* a la integridad moral y el crecimiento económico sirve para introducir en los capítulos 8 a 10 cuestiones como la participación política, la reforma parlamentaria y el estado estacionario. La respuesta utilitarista de James Mill con vistas a una mayor democratización de la sociedad británica, asociada a la educación popular y a la propiedad, y los matices de John Stuart Mill ocupan los dos primeros capítulos, junto a la postura de Ricardo, mucho más benevolente respecto a la capacidad política de la clase obrera y proclive a su participación. El capítulo 10 reflexiona sobre los límites de la economía capitalista que los clásicos percibieron. El pesimismo de Malthus contrasta con la postura de J. S. Mill. Las críticas de los utópicos tienen un lugar en esta parte del libro, así como el concepto de armonía, importante y poco estudiado, que subyace a la idea moderna de equilibrio. El capítulo 11 está dedicado a los autores críticos con las habituales interpretaciones de la economía política favorables al capital en detrimento del trabajador, y especialmente a las ideas de Thomas Hodgskin, quien postula un papel relevante de la economía política en el proceso de cambio social, que eliminará una estructura de derechos de propiedad antinatural.

El capítulo 12 discute los conceptos de libertad individual y libertad de comercio según la obra de J. S. Mill, quien asienta la distinción entre ambos en la diferencia esencial entre ciencia política (*matters of opinion*) y ciencia de la economía política (*matters of fact*), conectada con el diferente papel que juega el modelo utilitarista de hombre en ambos contextos: en la esfera política la intervención del utilitarismo es central, mientras que en la esfera económica sólo provee el argumento básico de la competencia. El libro se cierra con una breve exposición de las críticas neoclásica y marxista a la economía clásica, ambas basadas en el problema de la determinación de los precios. Estas críticas suponen un gran desafío a la eficacia de la acción política en la esfera económica: sus visiones del mecanismo del mercado de la sociedad capitalista sugiere que la economía constriñe a la política de forma fundamental.

En resumen, es éste un libro que aborda un aspecto fundamental de la economía clásica poco considerado por los economistas, la esencial relación entre ambos ámbitos. El libro puede ser criticable desde el punto de vista de la estructura, no demasiado coherente. Sin embargo, quizá la objeción más importante es que los autores se ciñen a las ideas de los clásicos británicos con muy leves excepciones como los utópicos franceses o Frédéric Bastiat. Las referencias a economistas como Jean-Baptiste Say o Jean-Charles-Léonard Sismonde de Sismondi, por citar dos grandes autores continentales (dejando de lado el debate sobre el clasicismo de Karl Marx) serían imprescindibles en la construcción de un panorama completo de la conexión entre política y economía en la escuela clásica.

JAVIER SAN JULIÁN ARRUPÉ